



NOTICIAS Y COMUNICACIONES N° 181

(17 de julio de 2017)

Comunidad Ecuménica Horeb Carlos de Foucauld

<http://horeb-foucauld.webs.com>

El hermano Rogelio Bernal nos hace llegar este escrito del padre Carlos Manuel Martínez, que es de interés:

INVITACIÓN A LA SANTIDAD. ¿SER SANTO YO?



Los santos son los hombres y mujeres más inteligentes, o los que han usado mejor la inteligencia; los que han realizado un negocio redondo, los que han logrado lo único necesario. Recordemos las palabras de Jesús: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? O estas otras: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”. Los santos son los que han obtenido el ciento por uno y la vida eterna en grado perfecto.

Ahora bien, ¿en qué consiste la santidad? Algunos se imaginan que la santidad es algo tan complicado que necesitan muchas horas para entender la respuesta, por eso, a propósito, yo voy a dar una respuesta bien sencilla: Consiste en tirarle al diez.

Una alumna de un colegio de México un día estaba muy feliz con sus compañeras. La causa era que se había sacado un seis. Ella se sentía casi como Einstein por haber obtenido esa calificación. Y yo le dije: “te doy mi pésame”. Contrariada, me preguntó: “¿Por qué?” “Pues, porque has pasado con lo mínimo, y considero que esas personas merecen un pésame”.

Otra vez, en ese mismo colegio, otra alumna de segundo de secundaria lloraba a lágrima viva. Me acerqué para preguntarle cuál era la causa. Respuesta: “Es que la maestra me ha puesto un nueve, y yo me merecía un diez”. Ya, en principio, me gustaron más esas lágrimas que la alegría de la otra alumna. Y le dije: “Mira, ve con la maestra, y pídele que te permita revisar el examen; y, tal vez, te ponga un diez”. Así lo hizo. La maestra vio que no estaba bien corregido el examen, y le dio un diez. ¡Me gusta la gente que le tira al diez! Y a Dios, más que a nadie, le gusta esta gente.



Los santos han explicado en qué consiste la santidad a su modo, a su manera muy simpática y muy atractiva. Santa Teresita del Niño Jesús decía: “Consiste en hacer extraordinariamente bien y por amor lo ordinario”. ¡Eso lo podemos hacer cualquiera de nosotros!

San Agustín, el de las frases lapidarias, decía: “Ama y haz lo que quieras”. Es decir, si el amor es verdadero, no te puede permitir que te desvíes del camino. No puede permitir que

seas un mediocre, no puede permitir que vayas en contra del amor, en contra de Dios. El amor, si es verdadero, te arrastra y te lleva, por necesidad, a la cumbre.

Un sacerdote santo decía: “Cristo es mi Dios, mi gran amigo, mi compañero, mi Padre, mi grande y único amor y la única razón de mi existencia”.

En una empresa se busca la excelencia; en cambio, en la vida cristiana -y a veces en la vida consagrada- se conforma uno con la supervivencia, con lo justo. ¡Qué poco hay que hacer para que a uno lo tachen de fanático, de exagerado, de loco y cosas semejantes!

Pensemos que, al final de la vida, lo único que se queda es lo que hayamos hecho por Dios y por los hermanos; lo que tengamos de santos. Todo lo demás desaparece.

Ser santo significa llevar el cristianismo hasta sus últimas consecuencias. Cumplir en línea de máxima tus deberes de estado, tu vida familiar, tu profesión, etc. El no conformarse con ser bueno, sino ser de los mejores. Sentir asco de ese cristianismo semi-podrido de misa dominguera y nada más.

Ser como aquellos primeros cristianos. Ser santo significa tener una jerarquía de valores: en primer lugar Dios, pero en serio, no de labios para afuera; destronar el egoísmo que suele estar dentro de nosotros, con dos servidores muy fieles: Don Orgullo y Doña Sensualidad.



Cumplir perfectamente y por amor la misión que Dios te ha dado: Su Voluntad Santísima. Por otra parte, la santidad obliga a todos, o dicho más positivamente, la posibilidad de ser santos es de todos, de todo el que quiera. En primer lugar, por ser hijo de Dios. El parentesco obliga. Dios quiere que seas santo. “Sed perfectos, es decir, santos, como es perfecto vuestro Padre Celestial”. Palabras de su propio Hijo Jesús. San Pablo decía a los primeros cristianos: “Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.” Si soy consagrado o sacerdote, con mucha más razón: soy todo de Dios, sólo de Dios, siempre de Dios. Si no eres santo, no le echas la culpa a nadie. Yo sé, estoy convencido, de que lo más terrible que pudiera pasarme es llegar al final de la vida, presentarme ante Dios, mirarle a los ojos, y darme cuenta de que pude ser santo, de que fue relativamente fácil, y no lo fui.

Entiendo que para decidirse, para ser santo, hay que tener una experiencia fuerte, y una experiencia fuerte pueden ser unos ejercicios espirituales hechos a conciencia.

¿Cómo se consigue la santidad? Podríamos decir que es fácil y que es difícil, nunca imposible. Subiendo los escalones siguientes:



Primer escalón: Salir del pecado mortal. Vivir habitualmente en gracia y amistad con Dios.

Segundo escalón: El abandono de la mediocridad, los pecados veniales, las faltas deliberadas, el cristianismo light que abunda muchísimo en nuestro tiempo.

Tercer escalón: Un conocimiento, amor e imitación progresiva de Jesucristo. En definitiva, ser santo es ser una copia de Cristo.

Cuarto escalón: Vivir cada vez de forma más alta, de forma más entrañable los dos mandamientos del amor: Amar a Dios con todo el corazón y amar al prójimo como a uno mismo.

Podría tener uno la idea de que ser santo es, sí muy interesante, pero poco atractivo. Por eso, uno ni se lo plantea: “¿Ser santo yo? ¡Hábleme de otras cosas!”

Ser santo es algo sumamente atractivo, es amar apasionadamente a los hombres y a Dios, y por amor cumplir su voluntad. Esta es la forma más alta de vivir y esto es lo que nos pide la religión del amor, la religión católica. Pero, ¿qué hemos hecho de la religión del amor? Los cristianos han vaciado la religión del amor para quedarse con los Mandamientos y les resulta aburrida, pesada, inaguantable; y nosotros con la vida consagrada podríamos hacer lo mismo. Y ¿qué somos, qué queda de nosotros si nos falta el amor en la vida cristiana y en la vida consagrada?



“Antes de que pudiera defenderme contra el hechizo de su llamado, contra su amor devorador, caí sojuzgado”. Así se expresaba un hombre santo. Hace falta sentir lo que sentía San Pablo cuando decía: “Me amó y se entregó a la muerte por mí”.

Yendo a lo práctico ¿cómo se fabrica un santo? ¿Cómo se hace uno santo? Tiene que haber mucha vida de oración, una oración jugosa, rica, apasionante, oración de los enamorados, porque orar es amar y ser amado. Tiene que darse una vida de sacramentos frecuente y fervorosa, la reflexión de la palabra de Dios, que es un auténtico alimento para el alma en busca de la santidad.

El cumplimiento lo más perfectamente posible de los deberes de estado por amor a Dios, como el ser un marido excelente, un padre fantástico, una educador de sus hijos, pero con excelencia. Si es profesional, ser honrado, justo, caritativo con apertura social, ser un hombre que busca la salvación de sus hermanos, ayudarles desde lo humano hasta lo más espiritual.

Un santo posee como propias muchas virtudes: la humildad, la sinceridad, la caridad, la honradez, la fidelidad, etc. “Pues me lo va poniendo cada vez más difícil, Padre, yo no soy casi nada de eso. ¿Cómo voy a ser santo?” Voy a darte unas ideas o motivaciones que te pueden ayudar a querer ser santo.



El ser santo es el mejor modo de ser feliz. ¿Te gusta? El mejor modo y, yo diría, el único. El verdadero, el auténtico camino para ser feliz. Las Bienaventuranzas son el camino hacia la felicidad. Allí están escritos como en tablas de bronce los ocho caminos de la verdadera felicidad. Podríamos resumir los ocho en uno solo: Bienaventurados los santos, porque serán felices.

Allí a los santos se les llama así: pobres de espíritu, mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón y los que sufren persecución por causa de la justicia.

¡Dios es la felicidad! Como los santos son sus amigos, participan de su felicidad, por eso son bienaventurados. Al apartarte de Dios, lo primero que entra en tu vida es la tristeza, la amargura y su cortejo de males: desesperanza, indiferencia, hastío, etc.

Al aproximarte a Dios lo primero que ha vuelto a tu vida es la alegría; pero si ese acercamiento fuera más profundo, te sentirías la mujer o el hombre más feliz del mundo. ¡Busca la santidad y serás feliz!

Pero, además, la santidad es el mejor modo de valer para algo y para alguien, es decir, para Dios y para los demás. “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al final pierde el alma?” Poco a poco pero inexorablemente todas las cosas buenas de este mundo se marchitan. Lo único que resiste el paso del tiempo, no se olvida, no se pudre, no se deteriora es el amor de Dios, es la santidad.

¡Atesorad tesoros en el cielo que es donde duran! La juventud del cuerpo se va... se es joven un momento; luego viene la edad adulta, pero también esta edad deja paso a la última etapa, la vejez, y la vejez a la muerte.

Si yo quiero realmente valer para algo y para alguien, no solo por un momento sino eternamente, debo ser santo.



A veces uno sueña con ser útil, realmente no quisiera pasar por este mundo como un bulto facturado. Quisiera ser un hombre de bien, una mujer de bien ¿cómo lo consigo? ¿Cómo puedo realmente ser una persona útil a los demás?”. ¡Sé santo! Y serás lo más útil posible.

En tercer lugar: ser santo es el mejor modo de ayudar a los demás. Hay muchas hambres en el mundo, pero el hambre de Dios es la más terrible. Millones de seres humanos agonizan en su espíritu muertos en vida; te piden una limosna; no de dinero, que puede sobrarles; no de placeres, que pueden estar hartos: una limosna de Dios, de paz, de sentido de la vida, una limosna de felicidad espiritual. Los santos son los grandes bienhechores de la humanidad: llenos de Dios, lo reparten a manos llenas.

Juan Pablo II es un santo, por eso su sola presencia alegra las almas que lo ven y lo escuchan. Estás invitado a hacer lo mismo. Si alguna vez has pensado en ayudar a este pobre mundo, no hay manera más eficaz que siendo santo, repartiendo a Dios, repartiendo amor y felicidad a otros.



Lo que debe México al indio Juan Diego, creo que nadie lo puede pesar. Lo que el mundo debe a Juan Pablo II menos todavía. ¿Se puede medir el bien que hizo San Francisco de Asís, Santo Domingo, Santa Teresa, Santa Teresita, la Madre Teresa de Calcuta? Es incalculable.

Los grandes bienhechores de la humanidad son los santos. El pecado no da miedo. La mediocridad no asusta, en cambio la santidad da terror, pero es el mejor riego.

Preguntemos a los santos lo que ellos fueron e hicieron. Recordemos que el primero de noviembre es la fiesta de todos esos campeones. Uno de Noviembre, fiesta de muchos, muchos valientes, valientes que ganaron a pulso un galardón eterno. Quiero encontrarme un día en la fila de bienaventurados que van llenando los escaños de la Gloria. Son de todas las edades, de todos los tiempos y aún no concluyen las entradas. Todavía hay tiempo de alcanzar un lugar, mi lugar, mi escaño vacío que me espera.

Yo quisiera darte algunos consejos de cómo empezar a ser santo. Sin complicarte mucho la vida, se llega a la cumbre dando el primer paso y luego el segundo, hasta el último paso que es ya la cumbre. De la misma forma a ser santo se comienza el día que uno quiere serlo y da el primer paso que es fácil y sencillo; luego el segundo y así sucesivamente. Un día le tocará dar el último paso, llegando a la cumbre de la santidad.



Por ejemplo con la técnica del sí, en vez del no. Un sí a Cristo, un sí a las almas, un sí a la Iglesia. Un sí de Cristo, que ha sido para mí un sí divino de amor, de entrega hasta la muerte de cruz. No es tan difícil dar una respuesta de amor a una persona que me ha dado tanto a mí. Él nos amó primero, decía San Juan, no fuimos nosotros los que le amamos primero a Él. Un sí a las almas, a las personas: Ofreciendo una sonrisa, ofreciendo un consejo, una limosna, una oración, ofreciendo una buena amistad, ofreciéndoles el amor de Dios a través de nuestra persona. Un sí a la Iglesia. Cuánto necesita hoy la Iglesia, que es la continuadora de Cristo en la historia, de personas como tú y como yo, que sepamos ser auténticos cristianos, que nos quitemos la careta de hipocresía y seamos simplemente eso, cristianos.

Entonces, ¿qué pasará? Descubrirás maravillas, sabrás lo que es la vida, se acabará por fin esa especie de sobrevivencia. Incluso, cambiarás de carácter. A veces el carácter, con una vida mediocre como fermento, se vuelve agrio, se vuelve triste, impaciente, y, al contrario, el carácter y el rostro se vuelven alegres, felices, -diría yo, mirables- cuando damos un sí a Cristo, a las almas y a los demás. Es una manera fácil de ser felices. Y digo fácil porque siempre hay gente que no está de acuerdo. Bueno, el reto es: "Haz la prueba siquiera una vez para ver si es cierto; si no te convence, ¡olvídalo! Pero por lo menos date una oportunidad. Un sí a Cristo", ¿qué quiere decir? Cumplir su voluntad.

Un sí a las almas! Alguien definió a un cristiano como un ser a quien le han sido confiados todos los hombres. ¡Qué hermosa misión, qué hermosa definición de un cristiano!

Un sí a la Iglesia. La Iglesia necesita tu sí, tu entrega, como la de aquellos primeros cristianos. Con aquellos primeros cristianos daba gusto pertenecer a esta religión. Hoy sigue dando gusto, pero tiene uno que cerrar los ojos a tantos malos ejemplos, sobre todo a tantas caras tristes de cristianos.

Hemos dicho la técnica del sí. Ahora la técnica del entregarse totalmente. Sin reservas, sin cálculos. Vivir lo que significa ser de Cristo felizmente y para siempre comenzando desde este mundo. ¿Qué te puede pasar si te entregas del todo? Lo único que te puede pasar es que seas más feliz y que vivas una vida infinitamente mejor de la que has vivido hasta ahora.



En tercer lugar la técnica de jamás desanimarte. Como ven, estamos hablando de cosas asequibles no de grandes complicaciones teóricas. Simplemente no desanimarte jamás; promételo, aunque caigas muchas veces; levántate siempre. En realidad un santo no es el

que nunca cae, sino el que siempre se levanta. Nunca te darás por vencido; siempre seguirás luchando, porque el fracaso verdadero comienza cuando se deja de luchar.

Cuarto, la técnica de comenzar cada nuevo día. En realidad ustedes ven que Dios nos ha dado la vida en pequeñas raciones, raciones de veinticuatro horas de las cuales nos ha dicho: “¡a la cama, a dormir a descansar la tercera parte, y a trabajar las otras horas”. Durante la noche podríamos decir que nos morimos por un largo rato porque realmente estamos tan inconscientes.

Al menos para muchos, despertar por la mañana equivale a una auténtica resurrección y algunos todavía necesitan una hora más para acabar de resucitar, van como sonámbulos cuando se levantan.



Empezar cada día con un entusiasmo grandísimo, comenzar por saltar de la cama y decir: “Gracias, Dios mío, por darme un nuevo día de vida”. Ganar, aprovechar, capitalizar los minutos de esa preciosa, corta vida que es un día.

Al llegar a la noche dormir lo más profundamente posible, morirme lo mas profundamente posible, para al día siguiente despertar como nuevo. Si uno vive así la vida, es relativamente fácil perseverar y ser santo. Te lo demuestro:

Si tú al levantarte puedes hacerte esta pregunta: “¿Puedo hoy, solo hoy portarme bien; desde ahora hasta la puesta del sol, hasta que me vaya a acostar”? Cualquiera puede decir: Bueno, si es un día ¡claro que puedo! Eso es lo que tienes que hacer. ¿Pero

mañana? Mañana no ha llegado. ¿Ayer? Ayer ya pasó. Hoy, vive hoy, aprovéchalo. No en vano decía Jesús: “Bástale a cada día su afán”.

Quería que nos concentráramos en vivir este día dejando en las manos de Dios los días pasados y los días que están por venir. Proponerte un mes, un año diferente, un año feliz. Porque es feliz el que se lo propone. Un año lleno de trabajo, lleno de entusiasmo, de realizaciones, de oraciones, en definitiva de santidad. Un año fiel, lo que se dice fiel, diferente; querer que sea distinto. En los otros años hubo pereza, egoísmo, falta de caridad, vida espiritual floja, tiquismiquis y melindres. Que sea el año de tu capitulación a Dios, el año de tu perfecta integración al cristianismo, el año en que por fin saldrá de tu interior ese santo o santa que llevas dentro, el año en que amarás a Jesucristo como jamás lo habías hecho, el año en que no vas a calcular, a criticar, a dudar o a mirar atrás sino a echarte al agua, a colaborar, a vivir de fe, a darte a Cristo y a los demás. “¡Ya me harté de ser un egoísta!” Esto alguna vez en la vida hay que decirlo y gritarlo desde el fondo del corazón. “Ya me harté de ser un egoísta, un soberbio, un vanidoso, un hombre a media asta o una mujer a media asta. Que sea un año diferente, voy a verme y sentirme distinto”.



Dios te ama con predilección. Quien se mira a sí mismo amado por Dios con predilección, se quiere más a sí mismo, quiere más la vida y siente una furia de la buena de aprovecharla.

Soy una persona privilegiada, elegida, estoy muy feliz de ser lo que soy: cristiano, y de estar donde estoy, donde Dios me ha puesto en este mundo. Voy a ver a la Iglesia y todo lo que la circunda con pasión, como una aventura apasionante en la que yo tengo un puesto privilegiado. Voy a realizar una gran misión. ¡Quiero realizarla! Amo apasionadamente esa misión, un apostolado dentro de ese Reino de Jesucristo. ¡Quiero ser otro, distinto! Quiero amar como nunca; voy a cumplir mi misión como no la había cumplido nunca. Voy a sentirme feliz y realizado, también, como nunca lo había sentido antes, diferente. Porque ya me harté de ser lo que he sido: el inconstante que nunca termina las tareas; el hombre o la mujer floja que se queja de todos los sacrificios e incomodidades; el sentimental y la sentimental que anda en crisis cada lunes; el superestrella y la superestrella que se cree tantas cosas; el hombre y la mujer calculadores que piensan, vacilan y no se lanzan, todo lo dejan para mañana; el mediocre o la mediocre que se entrega con medias tintas.... ¡Ya no quiero seguir siendo el mismo! Me decido a comenzar de nuevo mi vida, mi entrada al Reino de Jesús, a su Iglesia. Voy a estrenar una nueva vida, con alegría de vivir, de vivir para algo, vivir para alguien: para Jesús de Nazareth. Voy a estrenar un nuevo corazón.

¡Qué hermoso es esto! Un corazón puro, un corazón amoroso, un corazón generoso, un corazón entregado. Que sirva el corazón para lo que fue hecho: para amar, no para llenarse de lo contrario, del vinagre del odio, del rencor y de la desesperanza. Que todo el corazón sea para Cristo, sea para los demás. Dejaré de tener un corazón envejecido, lleno de egoísmo y sensualidad.

Ojalá que estas ideas te sirvan, no digo para llegar a la cima sino para dar el primer paso; después vendrá el segundo y el tercero. Así se han hecho santos miles y millones de hombres y mujeres. Un día decidieron, un día dieron el paso, el bendito primer paso que les llevó a la cumbre de la santidad.

Pensemos, por último, en los modelos. Los hay para todos los gustos, en todos los lugares, en todos los tiempos y en cualquier edad de la vida. Llevamos el nombre de uno o una que

lo fue. Los vemos muy subidos en su pedestal, como al alpinista en la cumbre, pero empezaron la escalada desde el valle en el que todos vivimos.



Todos empezamos desde el mismo lugar la subida, pero a medida que crece la altura, empiezan a destacarse; algunos empiezan a toser, se paran a contemplar el paisaje, les entra el mal de montaña, sienten nostalgia del valle y dan media vuelta a casita. Unos cuantos siguen subiendo, son ellos, los que son como todos, pero quieren ser diferentes. Los que eran igual que nosotros, igual de malos, de tontos, de mediocres, de pecadores, tal vez hasta peores que nosotros, pero que un día cambiaron. Un día dieron el primer paso que les llevaría a las cumbres, un día creyeron, como San Pablo decía: “Sé en quien he creído y estoy muy tranquilo”. Ellos y ellas también supieron de pecados y amarguras, así como de miserias terribles; tuvieron épocas fatales como las nuestras y peores que las nuestras... porque, ¿se imaginan a Pablito de Tarso a los veinte años con un ejército de gamberros persiguiendo a los cristianos, encarcelándolos? ¡Cuántos insultos y blasfemias lanzarían contra el crucificado del Calvario y contra sus secuaces, a los cuales no solo les manifestaba el odio de palabra sino con hechos, metiéndolos a la cárcel aunque fueran mujeres o niños! Recordemos como disfrutó de la muerte del primer mártir de la cristiandad. Por ser menor de edad no podía tirar piedras, no lo permitía la ley, pero les dijo a los apedreadores: “¡Déjenme sus mantos, yo se los cuido, para que puedan tirar con más fuerza las piedras”. Y vio cómo aquel pobre hombre empezaba a sangrar de los ojos, de la cabeza, de la boca, de todo el cuerpo, y veía con gusto como se llenaba de sangre, y como respiraba jadeando, y como, por fin, cayó muerto. ¡Este era San Pablo! ¡Estaban

machacando a pedradas aquel cristiano y él estaba allí echando porras! Y dicen Los Hechos que se alegró mucho de aquella muerte. ¡Qué frase! ¡Pobre Esteban!

Pablo era un violento. Cristo tuvo que usar medios un poco violentos con él, tirarlo del caballo, dejarlo ciego y decirle: “Es duro dar coces contra el aguijón”. Pero, ¿qué le sucedió a aquel hombre? Primero Cristo era un maldito para él, después se aplicó el epíteto a sí mismo porque se llama aborto. “¡Soy un aborto!” Y Cristo se convirtió en la persona más amada del mundo.

Un día dio el primer paso con aquellas palabras: “¡Señor, qué quieres que haga!”

De ahí que no importa de dónde se sale, dónde se comienza, sino dónde se termina, a dónde se quiere llegar. Tú no has descabezado cristianos ni los has metido a la cárcel. Saliste, quizás, de una familia cristiana, pero ¿hasta dónde has subido? Él empezó desde muy abajo, de anti-cristiano rabioso, subió hasta ser uno de los mejores cristianos y uno de los más grandes santos.

Nosotros hemos empezado desde más arriba, pero hemos quedado muy atrás de él. Por eso no importa lo que hayas hecho o dejado de hacer antes de hoy, lo que importa es lo que estás determinado a hacer desde hoy en adelante.

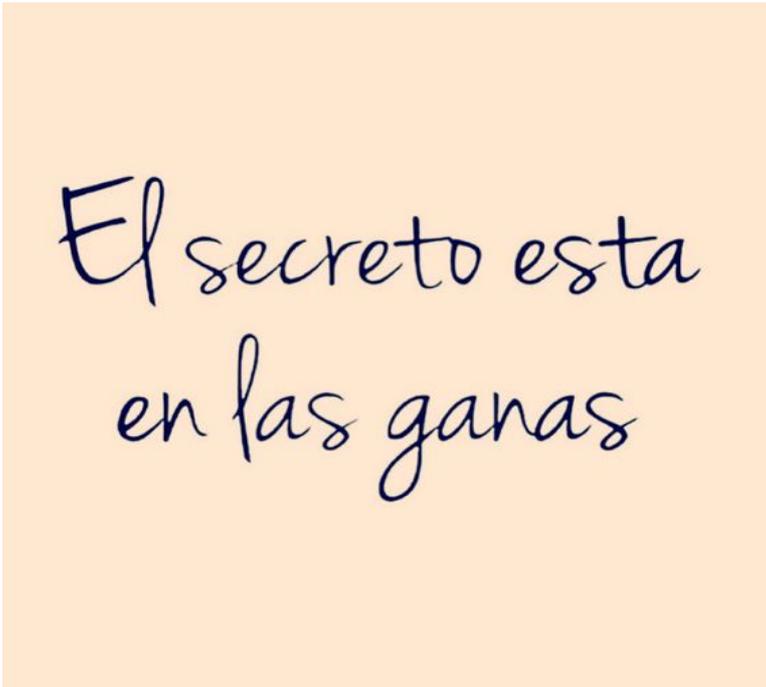


A veces nos angustiamos, nos entristecemos casi nos morimos pensando en nuestra vida pasada, la dichosa vida pasada, y estamos dando vueltas y vueltas a la noria como ese pobre burrito al que le tapan los ojos para no ver, le atan a una noria y allí se pasa dando vueltas y vueltas sobre el mismo sitio, realmente caminando kilómetros, pero sin moverse

del sitio. Es la forma más inútil de caminar. El pobre burrito al final del día está cansadísimo de todo lo que ha caminado, y sigue en el mismo sitio. ¡Cuánto nos parecemos a veces -con perdón- al burrito de la noria! Y concluimos que no podremos nunca, porque hemos sido lo que hemos sido. Pablo concluyó al revés que nosotros: “¡He sido un malvado, por consiguiente debo y puedo ser un gran santo!” Nosotros hemos sido unos mediocres, por consiguiente nunca podremos ser santos. “Padre, es que el refrán lo dice: El que mal empieza, mal acaba, y yo ya empecé mal”.

En el campo de la santidad este refrán no se cumple. La mitad de los santos han empezado mal, algunos muy mal, no podían haber empezado peor, y son santos. La diferencia está en esto solo: Ellos quisieron ser santos, tuvieron fe; nosotros no queremos, no tenemos esa fe.

El que quiere, puede; está bien demostrado, pero, ¿qué es eso que nosotros hacemos? Suspirar por la santidad, desearla inefablemente, pero rehuir el esfuerzo, el sacrificio. Querer es mandar al diablo todos esos tiquismiquis, esos miedos, perezas, sentimentalismos, y agarrar la cruz con amor, con generosidad, con alegría. Querer... En la vida de estos hombres y mujeres fieles a su vocación hubo un día grande en que tomaron su decisión. Y esa decisión era hasta la muerte. Y esa entrega rompió, de una vez por todas, los melindres, las vanidades, las medias tintas. Ellos se lo plantearon crudamente, valientemente: O todo o todo; o sí o sí.



El secreto esta
en las ganas

Un amor apasionado los arrastró a esa aventura apasionante de la santidad; una voluntad de acero ayudó a la consumación de la tarea. Y ahí los tenemos, santos, porque quisieron. ¿Y tú? ¿Qué necesitas para realizar la misma aventura? ¿Medios? Hay medios de sobra. Tienes medios de sobra.

Ponte a recordar: Tienes la Iglesia, los sacramentos, la palabra de Dios; tienes hoy movimientos por todas partes; al lado de los que dan mal testimonio, tienes también gente que da buen ejemplo, gente buena, gente que anima, a veces muy cerca de ti. Tienes a la Santísima Virgen como Madre de tu santidad, tienes tantas gracias personales, tienes unos ejercicios espirituales como éstos.

Ojalá Dios quiera que, si los escuchas, algo te pase y comiences a dar el primer paso hacia la santidad.

Por eso, digo: ¿Medios? ¡Hay medios de sobra! ¿Tiempo? ¡Tienes todo el necesario. Santa Teresa de Jesús decía que para ser santo no se necesita mucho tiempo, sino mucha intensidad en el querer. Tiempo, por tanto, tienes todo el necesario, pero falta algo, querer... El día que tú quieras... Pero, ¿querrás algún día?...

